



SEPOLCRO ERIGIDO EN MADRID. AL CONDE DE LA CORTINA.

LA ESTRELLA DE LA MAÑANA.

(Conclusion.)

El ruido de su habilidad llegó á oídos del rey. Este príncipe quiso ver los utensilios de Pedro; el espejo llamó mucho su atención. Su hija que se llamaba Estrella de la Mañana, se quedó estupefacta y no pudo prescindir de echarse á los pies del poderoso mortal que poseía tan prodigioso talisman. El rey se complacía de tal suerte en mirarse en aquel cristal plateado, que significó á Pedro que le daría á su hija en cambio del espejo.

—¡Viejo necio! dijo Pedro.

Pedro no se decidió en seguida. La oferta le lisonjeaba; no se le figuraba muy indigna de él; veía con gusto que el rey había sabido apreciar su mérito, pero no podía olvidar á Anita.

—¿Qué será de ella, decía él, si sabe que me caso? morirá de des-

esperacion, y será mi décima, mi duodécima víctima. La conciencia me remuerde mucho...

Reflexionando de este modo se fué á la cama y se durmió. La almohada es buena consejera. Cuando se levantó había mudado de parecer. Había calculado que al cabo Anita no era más que una costurera, y que él podía casarse con la hija de un rey; que quizá no regresaría á Francia; que aun en tal caso tendría necesidad de renunciar á la mano de Anita; y que un matrimonio salvaje en último apuro no era valedero al otro lado del Atlántico. Además, cuando fuese yerno de un rey, podría llamar á Anita á su lado, colmarla de riquezas, y casarla con alguno de su servidumbre.

Otras razones lo impelían á aceptar la mano de la princesa. Por este matrimonio abría la América central á los europeos, y en particular á sus compatriotas; ponía á su disposición los tesoros de aquellas regiones, las minas de Eldorado, la fuente de Jouvence, los lobos blancos, los cisnes de cabeza de toro: en fin, podía secundar al padre Francisco en su obra de conversion, y abolir la costumbre del país de

25 DE DICIEMBRE DE 1855.

ir desnudo y comer perillos. Ya consideraba á los del Illinois vestidos á la francesa, con zapato de hebilla, calzon de seda, la casaca de terciopelo y las pelucas empolvadas. ¡Qué triunfo para la filosofía y las uces!

Pero antes de todo quiso consultar á su amo. El padre Francisco se escandalizó con el proyecto de semejante matrimonio. Declaró á Pedro que no conocía pecado mas enorme que casarse con una pagana, y le negó su consentimiento. Pedro no hizo caso, y el matrimonio se verificó al día siguiente. La ceremonia nupcial fué breve y sencilla. El rey entregó su hija al extranjero, despues de lo cual los grandes de la corte dieron al novio un capirotazo en la nariz. Hecho esto, Pedro insinuó á su compañera que desearia dar un paseo con ella por el bosque, y la rogó que lo llevara á una mina de oro, porque tenia curiosidad de verla.

La jóven le hizo un signo de asentimiento, y tomó saltando y riendo el camino del bosque. Como galante caballero, Pedro le ofreció el brazo, pero la graciosa princesa echó á correr á través de las zarzas y matorrales, dando saltos por encima de los árboles caídos, sacudiendo alegre su larga y flotante cabellera. El enamorado barbero la seguía lo mejor que le era posible, admirando á lo lejos su ligereza, comparable á la del corzo, su alegría inagotable. Pedro era vigoroso, listó y vivo como un jóven de veintidos años, y durante algun rato rivalizó en agilidad con su esposa, de piés de gacela. Pero como no estaba habituado á este ejercicio, tropezando en troncos y piedras, no tardó en sentirse fatigado. Cuando su mujer lo veía sentado, detenía un poco su carrera; ella le enseñaba el mejor camino, pero sin acercarse á él, y cuando éste queria apoderarse de ella, partía como una flecha; mirándolo por encima del hombro, y riéndose al verlo apretar el paso. El barbero empezaba á juzgar la chanza un poco pesada; el sudor le corría por el rostro; maldecia su ambicion, y se acordaba de su espejo. Ya iba á plantar á la hermosa y á volverse como pudiera á la capital de su reino, cuando vió de repente aclararse la selva, y aparecer una llanura interminable. Pedro no habia visto *savanas*; por la vez primera vió una pradera americana con su terrible intensidad. Ni un árbol, ni una roca interrumpia la monotonía de aquel océano de verdura; solo se veía yerba de seis piés de alta, ondeando al viento como un mar agitado.

En este momento, el sol, en el término de su carrera, iba á desaparecer del horizonte que aun iluminaba con sus tibios y dorados rayos. Pedro creyó que aquella pradera, agostada por el sol del verano, formaba el limite de la tierra habitable; se figuró que se hallaba en el cabo del mundo. «Felizmente, dijo, he venido con un guia; sino por eso, me hubiera perdido.»

En tanto que así soñaba, descubrió en el lejano horizonte espesas columnas de humo que parecia que venian hácia él. Señaló el fenómeno á su novia, sentada sobre la yerba á algunos pasos de él, y le preguntó que significaba aquello; pero no sabia bastante el illinois para comprender la respuesta de la jóven, y se quedó con su incertidumbre. Como continuaba sus preguntas, y su turbacion crecia en la proporcion que la masa del humo, la bella princesa se levantó y tomó la direccion del Oeste. Caminaron durante una hora. Pedro se puso sério y dejó de hablar; su compañera pareció conformarse á este deseo, y se puso tambien pensativa. El le habia cogido la mano sin que ella hiciera la menor resistencia. Marchaban á la par y silenciosos por el inmenso desierto, ella con los ojos bajos, él mirando con un ojo á su hermosa, y con el otro el singular espectáculo que despertaba sus sospechas y cuya causa no conocia.

El sol se habia puesto, la brisa se habia acallado, una calma mortal reinaba en la pradera. Pedro era preso de diversas sensaciones todas penosas. Aunque naturalmente atrevido, experimentaba un secreto terror, hubiera querido retroceder, pero juzgaba que era imposible. El incendio que tenia ante la vista le parecia el fuego del infierno que queria devorarlo; su princesa era un demonio enviado para seducirlo y para castigarlo por haber desobedecido los consejos de su amo.

Las sombras de la noche eran cada vez mas espesas. Habian subido á una eminencia por una pendiente tan suave, que no se apercibieron de ella hasta que se vieron en la cima, desde donde se apercibia un estenso horizonte. El velo de la noche no ocultaba los objetos, pero los confundia; el ojo no distinguia ya ninguna de las ondulaciones de la llanura. Pedro tenia delante un espectáculo sin igual; la *savana* brillaba con resplandor sobrenatural, mientras que, en primer término, se hallaba envuelta en una oscuridad profunda. Un frio glacial circuló por las venas del pobre barbero; miró á su compañera y vió una sonrisa burlona en los labios de la jóven. Entretanto el fuego era cada vez mas vivo, y el humo mas denso y negro. El fuego habia encendido todo el horizonte, las llamas brotaban y se extendian ocupando mas de la mitad, y se lanzaron hácia arriba con la rapidez de un torrente irresistible.

Pedro no habia oido hablar nunca de los incendios que devastan

las praderas de América en el otoño, y no tenia bastantes conocimientos para atribuir á una causa natural este fenómeno.

El océano de fuego avanzaba siempre por el océano de verdura. Llamas azules, rojizas y amarillas serpenteaban sobre el suelo ó formaban en los aires columnas ó espirales. Un ruido sordo, un rechinar terrible se oia en toda la llanura, como si la tierra viera destrozadas sus entrañas por algun volcan en erupcion.

Pedro creyó ver el infierno abierto ante él. Distinguia en las llamas demonios, espectros, cocodrilos, serpientes gigantescas bailando y abriendo su enorme boca para tragárselo. Uno de aquellos seres fantásticos pareció que se arrojaba sobre él estendiendo sus largos brazos de brasa y haciendo vibrar su triple lengua encendida. Pedro creyó ver á Anita, cuya imagen amenazadora iba á castigarle su perjurio. Dió un grito espantoso, bajó precipitado la colina, y se puso á correr con la ligereza de una antilope. El miedo le habia restituido la agilidad á sus piernas; sin embargo, tal prisa tenia de huir de aquel lugar, que le parecia que tenia plomo en los piés.

La india palmoteó y echó á correr riendo á carcajadas. Aquella risa, que lo alegró por la mañana cuando penetraron en el bosque le producía el efecto de una amarga ironía. Corría como si tuviese alas; la jóven lo seguía con dificultad. Saltaba como un gamo troncos y piedras; salvaba los zarzales como un corzo: las espinas se le clavaban en las carnes, los guijarros se metian en sus zapatos, pero por eso no mitigaba su marcha. Por último, farto de aliento, herido, estropeado, chorreando sudor y sangre, llegó á la capital de su imperio. Entró en la primera barraca que halló abierta, tendiéndose en el suelo y se durmió.

La jóven india se quedó á su lado toda la noche. Puso bajo su cabeza un cogin de pluma, lo cubrió con una piel, y ahuyentó los insectos de su frente. En una palabra, cuidó á su marido como una mujer afectuosa y solícita.

Cuando Pedro se despertó, su fatiga habia desaparecido, pero su terror duraba todavia. Levantóse como un furioso, y resistiendo los abrazos de la princesa, corrió á la playa con ánimo de ver si podia salir de un país tan maldito. Sus camaradas, irritados con su matrimonio y alarmados con su súbita desaparicion, habian abandonado la costa y se habian embarcado en sus barcos, que vogaban á velas tendidas cuando el barbero se presentó en la orilla. Gritó para que lo recogieran; pero como no lo escucháran, se arrojó á nado, llegó á un barco y subió en él con todas las muestras del mas profundo pesar. Refirió á sus compañeros que habia visto el infierno, el lago de fuego, á Satanás y los condenados, al padre Francisco, á Anita, y que solo por milagro se habia librado de la muerte. Los viajeros creyeron que era una traicion de los del Illinois, y se juzgaron felices de poder alejarse sin embarazo.

El desdichado barbero guardó cama todo el tiempo que duró la navegacion del Misisipi. Tenia una calentura fuerte que no se le quitó hasta que se halló en el Océano á bordo de un buque que se daba á la vela para Francia. Entonces recobró sus sentidos y alegría. Pero habia perdido sus ilusiones. Ya no creia en la fuente de Jouvence, ni en las minas de oro. Ya no pensaba en hacerse marqués ni rey. Estaba harto de las grandezas. Cuando se le hablaba de los proyectos antiguos se callaba y se ponía melancólico. Recobró la afición á su oficio de barbero, tan desdeñado por él poco hácia, y en vez de pensar en la hija del primer ministro, se contentaba en tener por mujer á la modesta costurera Anita.

Pero Anita no podia ser ya suya. Cansada de aguardar al caprichoso barbero, Anita habia dado su mano, y su corazon á un discípulo de Vatel. Habian puesto una pasteleria que contaba ya con bastante parroquia, gracias á la buena mercancía y al donaire de la pastelera. Pedro recibió esta noticia con la firmeza de un hombre que tiene el corazon acostumbrado á los golpes de la fortuna severa. «¡Preferir á un marmiton! exclamó. ¡Así son las mujeres! ¡Al fin, yo la habia sacrificado por una princesa!» Trató la infidelidad de Anita tan mal como merecia serlo, y se fué á comer pastelillos á su tienda.

Pero su viaje á América le fué muy útil. Todo el mundo quiso ser afeitado por el barbero que habia viajado tanto y habia sido yerno de un *sachem*. La narracion de sus aventuras encantaba á sus parroquianos. No se le olvidaba nunca el contarles y describirles los horrores y estragos del lago de fuego, añadido desde entonces á la lista de las maravillas naturales del Nuevo-Mundo.

Estrella de la Mañana siguió á su marido hasta la orilla del rio y lo vió partir con sentimiento. Ella acompañó con la vista los barcos de los europeos cuanto pudo, y despues que desaparecieron en uno de sus recodos, se sentó sobre el césped, y ocultó la cabeza entre sus manos. Sus compañeras respetaron su dolor, la dejaron sola, y ella prorumpió en llanto por su vergüenza y abandono. Ella habia sido vendida á la faz de toda la tribu; su esposo la habia engañado y huido de su lado con horror y disgusto. No sabia á qué atribuir la conducta del extranjero. Por mas que examinaba la suya respecto de él, no descubria en

ella nada que justificase semejante perfidia. Ella lo había amado; ella lo amaba todavía; el aparentaba corresponderle, ¡y la había abandonado!

Herida en su honor, en su dignidad, en sus mas tiernas afecciones, la hermosa salvaje no pudo soportar la vista de sus parientes ni de sus amigas. Trasladada moribunda al palacio de su padre, vivió todavía en él algunos meses en la soledad, el llanto y el duelo, y bien pronto un montecillo de césped cubrió los restos de la interesante y preciosa amante de Pedro. El montecillo se llama hoy todavía por el nombre de la princesa, el *Montecillo de la Estrella de la Mañana*.

UNA VELADA EN TRIANA.

Era la víspera del 26 de Julio, día de la señora Santa Ana, patrona del barrio de Triana en Sevilla, cuya población parecía bajar en masa á rendir su homenaje á la abuela del Redentor, cruzando el vetusto puente de diez barcas, que con sus oscilaciones sube orgulloso en las crecidas y se humilla dócil en la calma hasta el abismo de las aguas. Sus banderas y gallardetes, sostenidos por las figuras de los emperadores y reyes que sucedieron á Trajano, de quien es fama nació Triana, heredera de la famosa Itálica; los pabellones y banderas que izan los buques, surtos en el puerto; la animación de las gentes que en tropel atraviesan el puente, la premura con que otros flotan lanchillas para surcar mas pronto el Guadalquivir, y la hermosa perspectiva que desde el centro del puerto presentan ambas orillas colmadas de pueblo, que ó quieren embarcarse ó gozar de ese panorama que se presenta á su imaginación, forman una pintura vespertina, cuyo interés crece por momentos, según la noche se acerca. Por un lado se presenta la erguida torre del Oro, testimonio de la antigüedad y de la historia contemporánea del real alcázar, desde el cual se comunicaba á aquella por una magnífica galería cerrada, igual á la que principia en su recinto actual, y cruzando por la puerta de Jerez se enlazaba con la torre, á la cual venían los reyes moros á flotar sus galeras y vigilar sus aguas. Don Pedro y doña María Padilla posteriormente á exhalar los suspiros de sus amores, y don Carlos V y sucesores á esperar las flotas, cuyos productos la dieron otro nuevo nombre. Aislada hoy y elevada entre hermosos paseos, todavía conserva su belleza y nombradía, y si bien ni alberga reyes ni tesoros, permanece de enseña de los navegantes, de consuelo á los enamorados, y de recreo á los amantes de las glorias sevillanas. Situada en la misma margen del Bétis, asemeja una diosa, circundada de diversidad de naves que apuestan elevar sus pabellones y banderines á la altura de sus almenas, y siempre quedan mas bajas que el erguido castillo de los moros.

Por el lado setentrional del puente se divisa la estension del rio, que dobla á la vista de una cordillera sembrada de olivares y viñedos, entre los cuales se nota la blancura de sus pueblos y la belleza de sus torres árabes. Descuella á corta distancia la Cartuja de las Cuevas, antiguo monasterio, cuya iglesia guarda los sepulcros de los duques de Alcalá, con multitud de mármoles y jaspes que constituyen un museo de preciosidades. Hoy se ostenta allí la fábrica de loza, cuya hermosura ha competido con la inglesa; abastece ya á toda España, y ha creado en otras provincias esta fabricación, casi desconocida anteriormente.

Nada mas atractivo que la travesía al hermoso barrio de Triana por su puente de barcas; las vistas que le circundan, el banaleo de aquellas al sentir el peso de las gentes y los carruajes; la suavidad de su pavimento; los asientos laterales en las proas y popas de las barcas; el ruido y bullicio del pueblo, y el sonido de las olas, forman un conjunto difícil de describirse. En la víspera de su patrona se halla también rodeado de vendedores que embellecen su tránsito, y que siguen á uno y otro lado en hileras iguales por la calle Larga, y cuatro laterales hasta llegar á la parroquia de Santa Ana.

Confúndense en su templo las gentes, las edades y los sexos: la risueña y agradable sevillana, con su larga y tendida mantilla, su vestido negro henchido por su miriñaque, y su ajustado y apuesto calzado, único resto de su antiguo traje; la graciosa y voluble gaditana, con su vestido mas ceñido y ostentador de sus contornos; las serranas, enjaezadas con sus perlas y collares, desfigurando con la imitación de las modas de las ciudades, la hermosura que poseerian superior á la de aquellas; las cigarrerías, multitud baja de Sevilla, con sus trajes de moda, con pañolón en todo tiempo, puesto con tal arte que nada tape; pero conservando los antiguos adornos de cabeza y calzado, que tanto embellecían á las andaluzas; las gitanas, en fin, de color de cobre, nariz aguilena, cara larga y expresiva, ojos rasgados y centelleantes, su pañuelo terciado y su brazo en jarra; el señorito andaluz, con bigote y perilla, pecho alto, presencia erguida y traje soberbio; el sevillano con su marsellés madrileño de alamares

de plata, su pantalon corto, su botín ondulado y su sombrero enmadrinado de terciopelos; el jerezano, descubriendo su esbelta forma con el pantalon de punto azul y bien ajustado; el gaditano, casi dispuesto á presentarse en la lid á menudear el vicho; el gitano, con su ropaje variado, sus formas decaídas, su limpieza bien diferente á la de ellas, y su mirar sagaz y avizor; todos allí deponiendo su genio, gracias y carácter, rinden su gratitud á la santa patrona que celebra la antigua Trajana.

Había acabado ya el predicador su sermón, en que despues de enumerar la antigüedad del culto que á nuestra Señora Santa Ana profesa el arrabal de Triana, igual á la de este, que considero mas antiguo que Sevilla, y que conoció la gloriosa Itálica, madre de emperadores romanos, con la que parte su fama, atribuyéndose serlo de Trajano, vino á referir los beneficios que la patrona ha hecho repetidamente á los 15,000 vecinos de Triana, y especialmente los milagros obrados en la inundación del Guadalquivir de 1626, en la peste de 1673, en los terremotos posteriores en que hasta la Giralda se bamboleó, y en la arriada de 1796, concluyendo con los favores que tiene prodigados á sus devotos feligreses. Una gran orquesta de innumerables voces y escogidos instrumentos hinchó las naves del templo, y dejó oír los cantos y composiciones con que un día enriqueciera á Sevilla el ya célebre maestro Esclaba, que llenó de discípulos su patria, y á su nación de fama musical. Al salir del templo cubria ya el horizonte el crepúsculo con que el astro solar se despidió de los mortales, y estos parecía que le disputaban sus resplandores con otros que su genio hacia suplir á la falta de aquel, al cual, si bien no podían reemplazar, lograban al menos deslumbrar su vista con tan radiantes y multiplicadas luminarias.

Las hileras de puestos mercantiles, simétricamente colocados en las anchas calles que hemos referido, aparecen con su cándido colgado en alto delante de su mercancía, despidiendo fragante llama, y la multitud y armonía de estas, la dilatada vista que á lo largo presentan y la extraordinaria perspectiva que á bastante distancia ofrece, son pinturas mejor para concebidas que para descritas. Despues de recorrer en esta forma las tres mas anchas y hermosas calles de Triana, otro panorama mas variado deleita la vista y presta en aquel día un ornamento á Sevilla y su arrabal. La calle Larga del muelle, iluminada del mismo modo por sus ambulantes mercaderes, refleja sus resplandores sobre la corriente del Bétis, en cuyo seno se vé brillar los mismos fulgores de su orilla, formando la mas deliciosa perspectiva que imaginarse pueda. Allí los turrónes y jaleas de todas clases y países, el cascajo que tanto se encomia en navidades; las frutas y dulces de todo género y estaciones, y el arroz con leche en grandes fuentes vendido por menor, colocado todo en blancos y hermosos manteles y con la mayor limpieza, son objetos tan dignos de notarse como la multitud de gitanas que con sus sartenes y barreños fabrican redondos, nutridos y pequeños buñuelos, con que convidan á los transeúntes ofreciéndoselos en bancos, de que se hallan graciosamente rodeadas. Vestidas de blanco las hijas de Egipto, con sus aderezos, zarcillos y pulseras, pregonan el precio de su fabricación, interin las mas jóvenes, interpoladas en el paseo, convidan á los transeúntes con las mas almidaradas frases: «Zaleroso, ¿no toma Vd. para estas bellas ninfas una librita de buñuelos? «Hermosa mía, ¿no conquista Vd. á ese alma de Dios, para que la regale un par de libritas?» Y no deja de ser frecuente, que abrazando á los convidados, los conduzcan á los bancos de su deidad, entre la algazara de los concurrentes, estando bien recibido aun de las personas de tono.

La vista del puente iluminado es el objeto principal de adorno de la festividad. Una fila de faroles á nivel de la barandilla del puente, otra de color en las guirnaldas, suspendidas sobre él, y otra en la bandera de cada uno de los diez barcos, forman una iluminación brillante, de mucha simetría, y de gran efecto. Empavesada cada barca con mas de cien farolitos entre gallardetes y banderolas, elevando á proa y popa su bandera nacional, sin contar las luces simétricas de las barandillas, reflejan miles de luminarias, colocadas en armonía, una brillantez capaz de eclipsar la del mismo sol. Pasado el puente se presenta al mejor punto de vista de todo aquel sorprendente cuadro, desde la alameda de Sevilla. Una enorme y brillante ascua parece el arrabal de Triana, ó un volcan cuyo cráter es todo Triana, y cuya lava se vierte á la misma puerta de Sevilla.

Eran las nueve de la noche, hora propia de gozar la velada. Las gentes que volvían de la festividad religiosa, cedían al lado izquierdo del puente á los que de la ciudad bajaban á la fiesta nocturna. Estos, reunidos en familias, unos con guitarras, otros con flautas ó violines, y algunos formando orquesta, mostraban en su traje, hijero, blanco las mujeres, y chaqueta y chambergo los hombres, que llevaban tela cortada para no volver en toda la noche; algunos traían en cestos la prevención ventricular, otros la buscaban en los refinos y montañeses, y no pocos, ya prevenidos, solo esperaban la buñolada con que todos concluirían su empresa.

Aposentándose cada círculo en las plazas ó calles anchas, ó en las orillas del Bétis, atronaban los aires con sus músicas, sus alborotos, sus cantares y sus gracias, y la media noche se deslizaba entre el estruendo de las bacanales. Llegaba ya la hora del pueblo egipcio, y cada puesto de las gitanas se veía rodeado de los adoradores de ellas y sus muñuelos, que sentados en círculos y cuadros animados, discurrían acaloradamente sobre las bellezas de la naturaleza. La alegría, el alborozo y la confusión llegan á su término, y las caras mitades de aquellas diosas, que no habían dejado verse antes de hora tan avanzada, descienden á manadas de sus albergues setentrionales de Triana. A la vista de los gitanos toman mas cuerpo los bailes, músicas y canciones que ellos animan; nadie guarda ya su puesto, todos se confunden; las gitanas levantan sus campamentos, se surra la falta de pañuelos, abanicos, sortijas ó algún reloj, si había allí quien lo llevase; y se escurre toda la concurrencia, desapareciendo como el humo, y quiera Dios que sin dejar algún rastro de sangre humana.

Repléganse los que no han quedado derrotados á las casas particulares de Triana, en las que prosiguen los vinos y saraos, los dulces y refrescos, el vino, el gazpacho y los muñuelos hasta hacerse de día, en que cada uno prepara á su cuerpo el descanso que mas le conviene.

Otra vez se reproduce la misma fiesta día y noche del siguiente, en que se obsequia á la santa patrona, y en que el barcio de Triana pone en circulación muchos miles de reales; siendo esta velada la mejor, mas lucida y celebrada de las de Sevilla.

JUAN MIGUEL DE LOS RÍOS.

LAS NOTABILIDADES.

La vanidad es, á no dudarlo, la pasión mas honda del corazón humano; se desarrolla con la infancia. É intenta traspasar los límites de la muerte; perpetúa las desigualdades sociales, hasta en la morada de los que ya no son, y ha impulsado siempre al hombre á buscar la celebridad por cuantos medios han estado á su alcance. Pero esta hermosa pasión, que ha convertido tantas veces la tierra en un lago de sangre, que ha inventado los títulos y las jerarquías, que mueve al pavo real á desplegar á su vistosa cola, á caracolear al caballo, enjaezado, y al hombre á cubrirse el pecho de cintajos y á no contestar á los saludos de sus semejantes, ha llegado á ser la pasión dominante de nuestra buena sociedad: nunca las gentes se han resistido mas tenazmente á convencerse de que es muy raro poseer un gran talento y un corazón elevado; que la mayor parte nacen honradas medianías; que las puertas de la inmortalidad se abren solo á los verdaderamente grandes y que aunque nada mas fácil que vestirse como los grandes hombres, andar como ellos, reproducirse del mismo modo y hasta tener su misma estatura, nada mas difícil tampoco que ejecutar sus grandes hechos y escribir obras inmortales, aunque todo el mundo tenga la cabeza colocada sobre los hombros y el corazón puesto en su lugar. Y sin embargo, esta tendencia del hombre á descollar entre sus hermanos, este achaque eterno de la humanidad, se ha desarrollado entre nosotros de una manera espantable de algunos años á esta parte: nada mas raro ya que encontrar un niño que no se erie para génio: las calles están obstruidas por los grandes hombres, y toda la península hierve en notabilidades. ¿Pero de dónde este contagioso afán de ser famosos, esta pueril ambición que contamina hoy todas las clases de la sociedad? ¿Será que nuestros eminencias sociales carezcan de verdadera grandeza, y que su pequeña talla haya despertado hasta en los mas enanos el deseo de medirse con ellas? ¿Es que careciendo de hombres verdaderamente grandes; sea lo que quiera, contemos el hilo de nuestras reflexiones y bosquejemos alegremente la grotesca fisonomía de esa muchedumbre de notabilidades que ha puesto la grandeza y la celebridad al alcance de los lacayos y de las ramerías.

Jorge, es una notabilidad: diez años hace que vive con un fausto de príncipe, contrayendo deudas sobre deudas y haciendo perecer en la indigencia las familias de sus acreedores. Es imposible engañar con mas ingénio: ¡qué hombre! Ayer falsificó con tanta gracia y oportunidad una letra de cambio, que despues de contener con ella la turba insolente de sus proveedores, le sacó á uno de ellos dos mil duros mas con el precioso documento. Es lástima que un hombre como él tenga que marcharse al extranjero por no encontrar ya quien le preste un real. En este país no pueden vivir los hombres de su talento: los acreedores favorecidos por la justicia se atreven á pedirle á uno lo que le han prestado.

Por allí viene Luis; no conozco un hombre mas digno de admiración: su vida es una verdadera novela; pero qué mucho, si él es todo un carácter? todas las mujeres se enamoran de él: es el espanto

de los padres y de los maridos. Pocos hombres han sabido aprovecharse mejor de la hermosa presencia y del fino talento con que la naturaleza le ha dotado: su historia íntima es un tejido de escenas sangrientas y graciosas. Ve una mujer bella, jóven ó rica, y se decide con alma y vida á conquistarla; si no lo logra, la deshonra por medio de la calumnia ó de las apariencias: si triunfa de su virtud, la entrega á la miseria ó á la desesperación despues de esplotar su amor, sus riquezas y sus influencias en provecho de su lujo y de su celebridad. Entre otras muchas, dos de sus aventuras son graciosísimas: necesitando una vez romper los lazos que le unian con una mujer casada á quien había empobrecido, pero cuya deshonra permanecía oculta, le dió una cita: escribió en seguida una carta á su marido, y cuando la infiel esposa se arrastraba á los pies de su seductor, llama á la puerta de la habitación el engañado esposo: Luis huye por un balcón y abandona su víctima indefensa al furor del burlado marido. Fué aquel un lance que hizo reir mucho á todos sus amigos.

Una joven había resistido todos los ataques de su obstinada seducción, porque estaba enamorada de otro: habíase cruzado una apuesta sobre la virtud de aquella mujer, y Luis debía quedar con honor: la hermosa recibe una carta de su verdadero amante, que atraviesa de una estocada, quiere verla antes de morir: Zelia huye de la casa paterna; vuela á la del amigo donde debía hallarse su adorado Fernando: una criada la conduce á una habitación secreta, y Luis entra á poco seguido de varios camaradas con copas y luces en la mano. Vamos, decididamente nuestro Luis es toda una notabilidad. ¿Quién es aquel hombre gordo que tiene el pecho cubierto de condecoraciones, el rostro cejijunto, el andar pausado, la mirada despreciativa y el hablar monosilabo? ¡Ah! es D. Serapio; ¡es una notabilidad política! Es un personaje verdaderamente respetable: jamás ha pronunciado un discurso en las Cámaras: nunca ha hecho la oposición á ningún gobierno: no ha escrito nada; no ha prestado ningún servicio importante; pero tiene una incapacidad tan perfecta y una facilidad tal de doblegarse á la voluntad de los demás, que únicamente á estas dotes y á su encopetada figura, ha debido el sentarse dos veces en la poltrona ministerial. Con él viene el celeberrimo D. Blas; ese sí que ha llegado insensiblemente á la inmortalidad. Empezó su carrera de periodista haciendo una oposición tan enconada al ministerio, que se vió éste obligado á sacarle diputado de la mayoría: D. Blas sabe hablar de corrido con tanta insolencia como falta de talento y de instrucción: el ministerio que le había colmado de honores y riquezas cayó en su última crisis, y era necesario que D. Blas le mostrase su agradecimiento: pronuncia un discurso furibundo contra los ministros agonizantes, y la oposición recibe con los brazos abiertos al valiente apóstata. D. Blas entra á formar parte del nuevo gabinete que había nacido para vivir muy poco: conociendo nuestro hombre, presenta su dimisión antes de que estalle la crisis, y vuelve á rehabilitarse en la opinión pública. D. Blas ensayando desde entonces su sistema, ha convertido su frac en un cuadro heráldico: desarrolla sus planes económicos con sus inmensas rentas, y fabrica el pedestal de su gloria con los vitores de sus numerosos amigos. Los hombres de talento se rien de D. Blas; los hombres honrados le desprecian; pero cuando él abre sus salones acuden en tropel las gentes mas famosas de la corte. ¿Qué es esto? Hablando con nuestras dos celebridades viene tambien una de nuestras notabilidades literarias: es D. Antolin, ese escritor famoso que ha dado tantas obras á la estampa. ¿Qué talento el de D. Antolin! Nadie ha sabido sacar tanto provecho como él del estudio de los idiomas extranjeros: D. Antolin ha llegado á poseer el arte de escribir como no le poseyeron los antiguos y modernos: él traduce los pensamientos, traduce los argumentos, traduce el estilo, las palabras, y sin embargo, todas sus obras son originales. D. Antolin es además un hombre completo: solo le falta una cosa que no ha querido traducir de ninguna parte, la vergüenza.

Pero ¿quién no conoce al famoso Ricardo, ese pálido y melencólico jóven, que tiene el corazón tan gastado como su traje, el rostro de suicida y el hablar necio y melancólico? Ese no es un literato, ni un político, ni un hombre, es un génio. Sus padres, creyéndole formado como todos los humanos, le dieron una carrera y él la abandonó: sus amigos le socorrieron en los dias de desgracia, y él les pagó con la ingratitude y el desprecio; viéndose entonces abandonado de todos, miserable, roto, ignorante, sin un oficio, sin ingénio, sin mas recurso ya que su vanidad y sus melancolías, no pudiéndose dedicar á nada, se metió á génio. ¡Qué injusta es la sociedad con ese grande hombre! No comprende sus colosales pensamientos, únicamente porque no se los ha revelado á nadie: escribió una comedia, y todo el mundo corrió á silbarla solo porque era mala. ¡Pícara sociedad! ¿por qué no crees en ese génio? ¿Es porque no ha escrito nada? Los génios no necesitan escribir: ¿es acaso porque desprecia á Calderón sin leerle, y no le satisface Cervantes á quien ha leído? Los génios lo desprecian todo; los génios no son como los demás hombres; son únicamente génios.

Además de la turba inmensa de nuestras notabilidades cuyos re-

tratos no podríamos acabar nunca, ha producido hoy la manía de la fama otro linaje de celebridades de mas baja esfera, que son las especialidades. La especialidad es una inmortalidad de segundo orden que nuestra sociedad ha puesto al alcance de todas las gentes. Como todo hombre ha nacido para ser famoso, el que no puede hacerse notabilidad se hace especialidad, y ya tiene además de su apellido otra cosa que dejar á sus herederos. El número de los hombres notables es inmenso; pero el de los especiales es infinito. Juan es una especialidad para ponerse los guantes; Pedro, para dejarse deshonrar de su mujer; Antonio, para hacer zapatos; D. Cosme, para votar siempre con el gobierno; Joaquín es famoso por su falta de educación; nadie sabe quedar tan mal como él en todas partes; es una especialidad. D. Manuel ha hecho su carrera á fuerza de amabilidad; tiene la boca desgastada de tanto sonreír; es una especialidad para lamer las plantas de los poderosos. ¿Quién no es especialidad para algo en este país de especialidades? ¿Pero qué es esto? ¿Qué amor es este tan desenfrenado que se ha desarrollado hoy por la celebridad de los apellidos, por esas cuatro ó cinco sílabas que hemos heredado de nuestros padres? ¡Notabilidades y celebridades! ¿ignoraís que la mayor parte habeis nacido para vivir confundidas con esa muchedumbre de honradas gentes que usan solamente su cabeza para ponerse y quitarse el sombrero? ¡A qué esta comecion de inmortalidad! El que no pueda creer en la inmortalidad de sus hechos, que crea en la inmortalidad de su alma. ¡Todo es creer! Dichoso el que en épocas como la presente logra andar por todas partes sin ser señalado por el dedo de la opinion como hombre notable!

M. O. P.

CADENCIA SOSTENIDA.

(Conclusion.)

Maria dió un grito, quiso levantarse, pero una fuerza desconocida la mantuvo clavada en la silla. El jóven se retiró en silencio, y se fué á situar delante de la casa de Maria. Al dia siguiente la misma escena muda: al tercero la sorpresa fué menor y mediaron algunas palabras: quince dias despues el sombrerero volvió á sus faenas mas tranquilo, la niña cosió sus medias con mas acierto, y todo esto efecto de una conversacion en la que despues de varias explicaciones se llegaron á convencer de que todo aquello era amor y nada mas, de que el remedio para aquella enfermedad no lo encontrarían en la botica sino en la parroquia, y lo propinaría el cura mejor que todos los doctores del mundo. Hasta allí todo marchaba á las mil maravillas, pero el diablo que siempre anda listo, dispuso que el padre del sombrerero llegase á brujulear los trapicheos de su hijo, y que tomase informes de la muchacha; estos informes le dieron por resultado la averiguacion del origen de la mediera, origen que seguramente no convenia á la noble prosapia del adobador de pieles de castor. Hizolo entender así á su hijo, y éste, aunque con repugnancia, renunció á sus proyectos de felicidad conyugal, al menos por entonces. Pero este golpe era demasiado cruel para el orgullo de Maria que hasta entonces no habia echado de menos la falta de un nombre. Maria devoró su afrenta jurando vengarse de ella, como se v engu una pobre niña abandonada, es decir, luciendo á los ojos de su infiel amante las galas compradas al precio de su virtud.

Un año despues de estos sucesos, un lujoso carruaje se paraba delante de una tienda de la calle Mayor. Dentro del carruaje iban dos personas. La una, jóven, hermosa y ricamente ataviada, era Maria, Maria que iba á gozar de su triunfo confundiendo á su primer amante con una mirada de desprecio; la otra persona, con un caballero de edad, cuya reputacion numeraria corria parejas con la fama de su conducta licenciosa y desenfrenada. La pobre Maria pensó en el fin únicamente y no se paró en los medios.

Apeóse del carruaje el caballero, y ofreciendo la mano á su compañera entró con ella en la tienda á comprarse un sombrero. Detras de aquel mostrador y con la plancha en la mano estaba el amante de Maria, que al cabo de una dolorosa lucha habia logrado olvidar á la que el mundo condenaba á la afrenta y la deshonra. Maria clavó sus ojos en el sombrerero, que lleno de asombro se negaba á creer lo que sus ojos veían; pero aquella mirada de indignacion le reveló todo el misterio. Maria se habia vengado. En mucho tiempo no se volvió á saber de ella, decíase que habia marchado á viajar por el extranjero con su rico protector.

Al cabo de tres años una pobre mujer con una niña en brazos subia los cien escalones de la buhardilla de que ya tienen noticia nuestros lectores. Conocianse aun en su rostro la primitiva belleza, pero la horrible palidez de sus mejillas, sus facciones desencajadas, y el estravio de su feroz mirada habia desfigurado enteramente la fisonomia de la pobre madre. Llegó á la puerta de la humilde estancia,

metió la llave en la cerradura, quedóse un momento contemplando el polvo de cuatro años que cubria el modesto mobiliario, y dió un grito arrancado por el remordimiento y la desesperacion. Eran las diez de la noche.

Maria, á quien ya habrán conocido nuestros lectores, vistió á su niña cuidadosamente con las misma envoltura con que habia sido ella encontrada por el anciano sacerdote; bajó precipitadamente la escalera, depositó á su hija en los umbrales del Buen Suceso, y desapareció en las tinieblas.

A la mañana siguiente circuló la noticia de haber sido encontrado en las aguas del Canal el cadáver de una mujer miserablemente vestida. Nadie supo la procedencia de aquella infeliz, y á los dos dias fué olvidada de todo el mundo. Un pobre sacristan del Buen Suceso recogió la niña, encontrada en sus umbrales y la cuidó durante los primeros años. Es fama que cierto dia pasando una gitana por la Puerta del Sol y consultada sobre la suerte de la niña por la mujer del caritativo sacristan, la tranquilizó completamente diciéndola que viviria tanto tiempo como la iglesia del Buen Suceso. La niña llegó á ser mujer y lo mismo que su madre echó de menos en cierta ocasion la falta de un apellido.

El mismo dia en que el reloj de la iglesia del Buen Suceso suspendió su curso y en que la destructora piqueta de los lujos empezó á desmoronar el edificio elevado por la piedad de los padres, las aguas del Canal arrojaron una nueva victima. En los periódicos del dia siguiente se leía esta chistosísima gacetiilla:

UN RASGO ROMANTICO.—Ayer fué estraído del Canal el cadáver de una mujer jóven, que desdeñada sin duda por alguno de nuestros modernos lovelaces determinó poner fin á sus dias buscando líquida tumba en las aguas del Canal.

Otro periódico mas grande, despues de algunas reflexiones filosófico-morales, daba los siguientes pormenores.

«Inmediatamente que fué estraído el cadáver, se reconoció por el hábil doctor en medicina y cirugía D. N., quien con su pericia proverbial reconoció que la victima se habia arrojado al Canal con los primeros sintomas de parto. Acto continuo este distinguido profesor procedió á la estraccion de la criatura, operacion que ejecutó con el acierto mas científico y el mas satisfactorio resultado; salvando un sér á quien un momento mas de tardanza hubiera privado de la existencia!»

La nieta de Maria era una niña sin nombre, que podrá gozar de las delicias de la vida, gracias á los cuidados científicos del doctor D. N.

José BRAVO Y D.

EL RUISEÑOR DEL HAREM.

Desde Stambul al paraíso. ¡Bendito sea el poderoso Alá que por vivienda lo ha dado á los predilectos hijos de Ismael! Hasta esa ahigarrada turba que obstruye sus bazares, llena sus cafés é inunda con sus káiques y tartanas las apacibles ondas de su espléndido golfo, es feliz en medio de la estrechez de su forzosa esclavitud. Bástale consagrar algunos instantes, al menos abrumados de los trabajos, para ver siempre llena su taza de barro ó de porcelana de Nankin, y jamás vacía su larga pipa de cerezo. Por el mas leve servicio, las piasstras y aun los equies pasan con la mayor facilidad de la cintura del absorto extranjero, á sus profundas bolsas de negra piel. El moka vigoroso, y el humo de la fragante yerba turca, aspirando con voluptuoso deleite por todo el resto del dia bajo la fresca sombra de los plátanos y terebintos, resarcen ámpliamente el momentáneo esfuerzo de su proverbial pereza. ¡Ay de los desheredados hijos del Septentrión con sus eternas brumas y abalanchas, su carne de animal inmundado, y el maldito veneno de la vida! Por Mahoma y su éjira, que Stambul es la perla del Oriente, y la grave raza osmanli la mas afortunada del Universo mundo.

Ciertamente que es una gran cosa vivir en un espléndido palacio, lleno de oro y perfumes, resplandeciente de luz y fresco, sin embargo como una enramada del valle de Kachemir en la hora en que las Péris revolotean entre la ténue bruma de la encantada fuente de Chindara. Rudos y atezados son los servidores que circundan al feliz mortal que por señor reconocen; brillantes armas centellean en su cintura; sus ojos lanzan rayos cuando la cólera hace temblar su lábio de animal carnívoro, ¿pero qué importa? Ni sus manos de ébano manchan, ni sus gomas ofenden, ni su innata ferocidad les impide tender el cuello cuando un capricho del amo exige que se corte á cercen. La voluntad del que los compró á tanto por cabeza, es su última ley; su solo Dios, y sea cual fuere, instantáneamente la ejecutan, porque oír es obedecer, y al que obedeciendo cae en los brazos de rosa de las horas, lo levantan para trasportarlo al paraíso, donde á su vez señor, goza eternamente; lo que á la muerte hu-

mana ni aun vislumbrarle es dado. Así está escrito en la tabla de las luces.

Verdaderamente es una gran cosa llamarse Moamad, creer que no hay mas Dios que Dios, que Mahoma es su profeta, y sosegadamente dormirse sobre el mullido musmud al son voluptuoso de la sirinda, harto de delicias, y en lo mas secreto de un harem, tan único en la tierra, como él solo adornado por cada país del mundo con la mejor de sus flores.

Mohamad vivió en Stambul, la de los piés de mármol, la sultana siempre pura del Bósforo, y era soberano y califa de los buenos creyentes. Por la Cáada santa que así como sus visires le llamaban el mas grande, debía ser tambien el mas venturoso de los circuncisos, y aunque no constantemente, lo era en efecto. Cuando heredaba, con violencia ó sin ella, ó sus mudos del serrallo le traían la cabeza de algun hajá caído en desgracia, ó sus tártaros la de los que despues de haber aborreado sus mudos con el cordón que les estaba destinado, se habían atrevido á resistir. Fuera de estos instantes se le veía horas y horas negligentemente reclinado en sus cojines de Bagdad, sin llevar siquiera á la boca el tubo de su enroscada pipa, ó errante y sin objeto, al través de un laberinto vastísimo y luminoso de interminables y solitarios salones, mudos como la tumba, hollando con igual desden desde las mas ricas alfombras de Turquía hasta las mas sencillas esteras del Cairo. En urnas de plata y peveteros de oro, ardian constantemente el alóe y el sándalo. Mengua del gas nazareno; aromáticas haces de antorchas de Thivet que braban en la hora de los misterios sus torrentes de luz sobre los limpios arabescos de lasuntuosas bóvedas, transparentando el liquido tesoro de mil y mil fuentes, deslumbrador asombro de la mirada. Todo era en vano. Ni el lujo de sus infinitos peces le entretenía por su variedad espléndida y prodigiosa, ni los flexibles y perfumados hilos del comorin lograban atraerle hacia las aladas tribus que tan holgadamente aprisionaban. En valde erguía su satinado cuello el pichon azul, pájaro sagrado de la Meca, amenazando con su pico de ébano al del paraíso: arrogantes oropéndolas de la India, melodiosos zorzales del Indostan, aves sin fin de esquisita beldad y magnético canto, todo le sobraba. Sin duda es la riqueza un peso mas para el que solo tiene ojos para las incurables úlceras de su corazón. Pero no; decir que lo era para el del magnífico señor y califa, sería calumniarle. Ni en su cuerpo de hipopótamo había una sola cicatriz, ni una sola gota de abinto en su alma de caiman. El granito concluye por abrir paso hasta sus entrañas al miserable hilo de agua que sin reposo le cae encima. A fuerza de uso de piedra, eran ya las imperiales pupilas para todo aquel orbe, tan suntuoso y único. Mientras el buen Mohamad vagaba á la ventura, ó se entretenía en dar de comer á sus cisnes negros en su fioso del lago, ó á su pantera de Ceilan, ó por pura fórmula pasaba revista á un nuevo cargamento de esclavas, ó ejercía finalmente cualquiera de sus imprescriptibles funciones soberanas, ya sus visires y favoritos cuidaban de expedir los necesarios firmanes, segun creían y entendían que debía hacerse para mayor gloria y provecho de S. A., y de sus peculios respectivos, usando cuerdamente mas del cauterio que borra y perjudica, sin funestas dilaciones, que del apacible dictamen reaccionario y enervante.

Mohamad se creía enamorado, y en vez de los ojos árabes de Kila, solo contemplaba cierta tarde en derredor de sí semblantes de hierro de la mas estúpida inmovilidad. ¿Qué era del ruiseñor del Harem? Terminada la fiesta de las flores para la que marchó al campo, ya debía tenerla allí con su beldad de virgen kachemira, su voz de hada y goza de sándalo; ora magnetizándole con el fuego de su pupila negra; ora con sus cantares del Aduar, bien al frente de sus compañeras invadiendo todo como una banda de alegres golondrinas, ya sola, ya con su gacela favorita, pero siempre convirtiendo en un eden de predestinados las marmóreas crugías de su palacio de Stambul. Y esto sin habérsele ocurrido nunca á la aérea Kila alentar en lo mas mínimo la formidable llama de su macizo señor. Robada de la encantadora isla de Kénar por el mas diestro de sus arraces turcos, y puesta á su disposición muy en breve, segun uso y costumbre, no solo se dignó encontrar muy de su gusto el presente, sino que fué tan allí en la recompensa, que hizo mayor merced á su esclavo de la que él se acertaría á desear, aunque el perro del arraz lo fué en tal grado, que sin duda por ambicionar mas, se vió muy luego sin un ceguí en la bolsa y con un muy hermoso cordón de seda, á guisa de corbata: mientras tanto ponía el jefe de los eunucos á los piés de Kila, de orden de S. A. el puñal de piedras preciosas, distintivo de las sultanas, escoltado y seguido de preseas y galas sin fin, que á tiro de venablo y desde el caballo al pié por favorita la proclamaban ante los mismos ojos de la Oda entera, de su ventura envidiosa. Pero Kila con el mas gracioso moín que puede imaginarse, rechazó con su piel de niña todas aquellas preciosidades, y guardó el puñal en su cintura, declarando luego á las barbas del estupefacto Mohamad, que se lo clavaria sin vacilar con solo vislumbrarle en el rostro la mas leve

intencion de acercarse á ella. S. A. en el primer arrebató de su mala vilis, y para manifestarla sin duda con quién se las había, desnudó su cimitarra de Damasco, y con no vista furia rompió unas cuantas lunas venecianas que valian un caudal, y varias otras bagatelas del Japon, de no menor precio. Desgraciadamente acudieron al ruido sus esclavos mas próximos y menos discretos, arrollando al paso al mas querido enano de su señor, el cual dió ríeamente contra las reales rodillas, tñiendo despues con la inocente sangre de su descalabrada el inmaculado arminio de la imperial almalafa. Aquí de Alá y su profeta.

El terrible enojado comenzó por volver las cosas á su antiguo ser, es decir, por guardar en su corva vaina de oro y marfil su preciosa virgen damasquina; despues para todos hubo. Con quinientos go'pes de bambú en las plantas de los piés escaparon los mas retraídos de la temeraria turba: los del centro perdieron únicamente las orejas: ¡pero ay de los mas próximos á la real persona! Cabalgando en el agudísimo palo con sendas balas de cañon atadas á los piés, segun las leyes del equilibrio exigen, ni uno solo dejó de espirar suspendido como estando de baja turco sobre los minaretes y cúpulas de la soberbia Stambul. En cuanto al enano, iba ya á ser despachado por el tigre mas hermoso y retozon que jamás pudo salir de las revueltas espesuras de Bengala, cuando la intervencion de Kila lo salvó arrancándolo á sus feroces guardianes. Con lo que ya mas sosegado el demente Mohamad salió de caza, llevando atraillados delante de sí sus cien lebreles heleños de collar de oro y ligereza de antilope. ¿Y Kila? Desde entonces es la sultana del Harem, por orden terminante de su señor, que no perdona medio para hacerse amar del ruiseñor del valle deleitoso, aunque un Dervis le ha predicho solo poseerá de ella sus gorjeos, y estos por unas cuantas lunas solamente.

Sin embargo, las horas trascurrían con ligereza, y la encantadora sultana parecia manifestar á la vista de su barbudo amante, sino mas hastio, por lo menos mas impaciencia que de costumbre. Ni visires ni eunucos pestañeaban. Los eunucos de todos colores, negros, blancos y azafrañados se la temían. El icoglan juraba en sus adentros, sin quitar ojo del tapiz de entrada. Solo el Tártaro adusto y el Albanés de pintoresca veste y ademan impávido, osaban mirar de frente la régia tormenta, tan formidable como el Sinum, y aunque de brios menos robustos, suficientemente mortales, no obstante, para exterminarlos á todos con una rapidez muy parecida á la del tirano del desierto.

Afortunadamente el eunuco en jefe de los de S. A. comparció al fin y despues de las mil y mil zalemas y genuflexiones de uso, aguardó tendido á los piés de su amo á que éste se dignara dirigirle su temida palabra. Dignóse en efecto, y Akuffa el etiope tuvo la honra de hacerle saber que la Oda entera, previo el ceremonial de costumbre, quedaba ya sin quebranto alguno á todo su talante y voluntad bajo los arabescos cerrojos de su imperial Harem, y lo que era cien veces infinitamente mejor, que la fantástica rosa de Kachemir, Kila, luz y gloria de aquel lugar terrible, no solo consentia en recibirle como á su señor y dueño, sino que llevaba su atrevimiento hasta suplicarle iluminase lo mas pronto posible el perfumado camarín de su esclava con los augustos rayos de su imponente resplandor. El señor de los augustos rayos y resplandores imponentes empezó por pensar que soñaba, y acabó por pedir mas amplios detalles al primer ministro de sus régios placeres. El buen Akuffa, concienzudo conocedor de su terreno, repitió su mensaje, sin la añadidura de una tilde; no bastando lo ordenó en respuestas con la precision mas envidiable, y cuando creyó suficientemente discutido el punto, se eclipsó sin estrépito, seguido en breve de su amo, mas estupefacto que nunca.

Azrael no pliega sus alas de azabache cuando deja á la entrada del puente fatal las ligeras almas de los hijos de Mahoma ó Alí. Para una que se hunda en el fuego, sabe que mil y mil serán infaliblemente recibidas por los ángeles blancos, terminada la prueba. Pero al conducir las de su raza maldita, ó Giaur, se detiene siempre, porque sus hermanos los ángeles negros no bastan á veces para colocar debidamente en el inmenso Segin tan copiosa muchedumbre de réprobos. ¡Venturosos Muslimes! No conocen ni el rostro de la mujer aghena ni el significado de la palabra prójimo. ¡Ay del fogoso franco, conocedor de entrambas cosas! Olvidadizo por naturaleza, muy difícil le será acertar con la salvadora senda de la peligrosa puente, por mas que sus ardientes ojos hayan visto escrito mas de una vez en el divino libro:—No codiciará la mujer de tu prójimo.—Bajo la égida protectora de su santa ley, penetra denodado el buen creyente en el Harem misterioso, y oir es obedecer, su imperio el solo acatado. ¡Ay! el ruiseñor simpático de Mohamad era una hermosa escepcion, y éste no se atrevía á destrozar el árbol para saborear su fruto, dado que lo obtuviera sin lesion sensible de sus reales puños.

Guardias, mudos, eunucos y odaliscas, participaron muy en breve de la estupefacción de su poderoso Sultan y Califa. Por la primera vez en su vida dió de mano á toda etiqueta. Ni al jefe de sus negros permitió anunciar su visita al Harem, ni al de sus eunucos blancos

que respetuosamente alzase el primer tapiz exterior. S. A. tuvo á bien atropellarlo todo, hasta posesionarse de uno de sus mil y quinientos divanes de Persia, incrustado de piedras preciosas, teniendo muy buen cuidado de amenazar antes con la mas feroz de sus indignaciones al temerario que osase bajo cualquier pretexto ponerse delante mientras que con su esclava departía. Esta guardó reposadamente en su diminuta jaula de oro y nácar su colibrí mas querido, y tendiendo despues á su amo un pequeño ramillete de enanas rosas y violetas azules de Alejandria.—Toma, le dijo, con su voz fresca y armoniosa, cada pétalo ha servido de lecho á una Piri en las últimas horas de la luna postrera. Tu esclava no tiene otro don que ofrecerte.—Mohamad tomó las flores, las llevó á sus labios, y no ocurriéndosele por lo pronto contestacion oportuna, se entregó á sus reflexiones, sin apartar sus reales narices del perfumado presente.

Kila, sin curarse mas de él, tomó su guzla de sándalo, tocó y cantó como las hadas del valle feliz hasta que cierto sonido extraño, lleno, sonoro, y discordante vino á anunciarla, sobreponiéndose á sus melodiosos ecos, que por aquella vez todo estaba ya dicho. El gran jefe de los creyentes dormía pegado á sus flores con mas decision y estrépito que el último de los rameros de sus dorados kaikes.

Entonces la dulce niña dejó caer su guzla sobre la sedosa alcantifa, se acercó al ilustre dormido, y principiando por tirar ligeramente de su almafa, concluyó por sacudirle en todas direcciones, con mas vigor que reverencia. Todo era inútil: Mohamad continuaba en el paraíso ni mas ni menos que si hubiera previamente paladeado el Haschid maravilloso de Avengor. Kila tembló de júbilo, despues batió palmas y saltó y corrió como una loca, sin cesar de repetir:—No me he engañado, no. ¡Bendito sea por los ángeles buenos el sábio Dervir, que me vendió esas plantas libertadoras! Duermes, tirano, duermes, y quiere Alá no despiertes hasta que Nafir me ciña la corona de los desposados bajo los sicómosos de Kenar.—Y diciendo y haciendo así de un maguado cofrecillo, se envolvió en su velo, y arrancando el ramillete de las calenturientas manos del sublime señor, desapareció como un pájaro de su dorada cárcel.

¿Y despues?—Lo que sucede siempre en tales casos. Llegó sana y salva á los brazos de su amante, que en la desierta calle la aguardaba, dándose ya á todos los diablos, como era natural, y

Allá están en Kachemir,
Felices como ninguno,
Nuestra Kila y su Nafir.—

—¿Pero cómo llegó? No digo tan lejos, sino á la calle, á esa calle sin gente donde el otro la esperaba, sin duda con muy buenas razones para hacerlo...—Mas que suficientes me parecen las de ser su amante desde la infancia, haberla seguido sin mas equipaje que su fiel kanjiar á un lado de su cintura, y una bolsa de diamantes al otro, hasta la misma Stambul, donde á fuerza de valor, paciencia y malos ratos logró sobornar á éste, infundir miedo al de mas allá, y avanzando hoy una línea y mañana diez, salir por último con su empresa adelante, á despecho y pesar de cuantos malandrines se la estorbaban. En cuanto á la fácil y tan feliz buida de la ex-sultana, nada mas natural. Poseía... —¡Ah! sí; ya caigo. El encantado anillo de Salomon. Aquel señor Dervir que la vendió las flores narcotizadas, se lo prestó sin duda por momentos, y siendo así, como no puede menos, no hay por qué cansarnos...—Todo sobraba á existir el tal anillo:—Entonces no comprendo.—Pues no es difícil. El Sultán en cuestion llevaba el suyo, y siendo conocido el sello imperial desde el primer visir hasta el último esclavo del género neutro, y habiendo tenido la doncella muy buen cuidado de llevárselo, hé aquí cómo pudo llegar sin tropiezo, no solo á la calle, sino hasta la adusta presencia del primer arraz de uno de los veleros de S. A., obligarle á zarpar y hacerle poner la proa, mal que le pesase, no digo hacia Kenar la encantadora, como la puso, sino hacia donde mas su voluntad le viniera.—Pero no se dice de otro modo; cualquiera echará de menos en esta historia...—Permitame usted, no es historia; es un simple cuadro.—Pero, sea lo que quiera, yo creo que...—Amigo mio, dejémonos de peros; ¿disgusta á usted mi obra? Pues pase V. su inteligente esponja sobre el malhadado lienzo, llénelo V. de nuevo, tomando mejor que yo sus medidas, trágamele V. cuando ya nada falte, y por todos los millones de alas del ángel Legion, le juro que oirán maravillas sobre su trabajo cuantos effendis, turcos ó nazarenos á mi opinion se remitan.—

JUAN DE SALDUBA.

RICARDO DIGBY,

LEYENDA AMERICANA POR NATHANIEL HAWTHORNE.

En los antiguos tiempos de tinieblas é intolerancia religiosa, vivía Ricardo Digby, el mas sombrío y mas intolerante de una secta aus-

tera. Su sistema de salvacion era tan estrecho, que semejante á una tabla en medio del mar, no podía servir mas que para un solo pecador. Por eso se agarraba á ella triunfante, y lanzando anatemas á los desgraciados que veia luchar contra las olas de la eterna muerte. A su modo de ver, era el más abominable de los crímenes,—y con efecto es una locura—el fiarse en sus propias fuerzas, ó el agarrarse á algunos restos del naufragio, escepto á su pequeña tabla, que procuraba por otra parte apartar cuanto podia de sus hermanos. En otros términos, como su creencia no se parecía á la de los otros hombres, y como estaba muy satisfecho de que la Providencia no habia confiado á nadie mas que á él solo el tesoro de la verdadera fé, Ricardo Digby resolvió retirarse á un punto en que pudiera gozar de su dichosa suerte.

—Verdaderamente, pensaba él, yo considero como una condicion principal de la proteccion que me dispensa el cielo el no vivir entre esa multitud de seres que Dios ha lanzado lejos de sí, condenándolos á perecer. Quizá si me detuviera bajo las tiendas de Cedar me privaria de su gracia, y me veria sumergido en el diluvio de cólera, ó consumido por la lluvia de fuego y azufre, ó sepultado bajo alguna nueva ruina, preparada por Dios contra la perversidad de la generacion presente.

Ricardo Digby, pues, tomó una hacha para abrir en el desierto un espacio donde colocar su tienda. No olvidó otros utensilios necesarios, tales como una espada y una escopeta, para herir ó matar á quien penetrara en su santuario; hecho lo cual, se internó en la espesura del bosque. Pero antes se detuvo al borde para sacudir el polvo de sus pies, en el pueblo que habia habitado, y pronunciar una maldicion contra la casa de oracion que miraba como un templo consagrado á ídolos del gentilismo. Tambien tenia curiosidad de saber si lloveria el fuego del cielo, una vez puesto al salvo el único hombre justo. Viendo por fin que el sol alumbraba las cabañas y los campos, que los hombres trabajaban, que los muchachos jugaban y que no habia presagios de un castigo próximo, se alejó un poco disgustado. Pero cuanto mas andaba, mas solo se sentia, mas juntos parecian los árboles del camino, mas espesa era la oscuridad, mas contento se ponía Ricardo Digby. Conversaba consigo mismo; leía la Biblia sentado bajo los árboles, y como las hojas le ocultaban el cielo, iba casi á decir por la mañana, el mediodía y la noche, se dirigía á sí mismo sus oraciones. Este género de vida era tan conforme á su carácter, que se reía consigo mismo, y se enojaba cuando el eco repetia sus carcajadas.

Así viajó tres días y dos noches, y la del tercero llegó á la boca de una caverna que á primera vista le recordó la de Elias en el monte Horeb, aunque se semejara quizá mas á la sepultura de Abraham en Machpelah. Esta caverna penetraba en el corazon de una colina de roca. Delante tenia un velo de follaje tan espeso, que nadie sino un amante del mas sombrío retiro hubiera descubierto el arco bajo que le servia de puerta, ni osado entrar en su oscura bóveda, donde tal vez podia descubrir los ardientes ojos de una pantera. Si la naturaleza destinaba tan triste mansion al uso del hombre, solo podia ser para sepultar en sus tinieblas á las victimas de una peste, tapiar la boca con piedras y huir para siempre de aquel fonoesto lugar. En sus cercanías no habia nada alegre, si se exceptúa un manantial murmurante, que Ricardo Digby honró con una de sus miradas. En seguida metió la cabeza en la caverna, se estremeció, y se felicitó por su hallazgo.

—¡El dedo de la Providencia me ha señalado el camino! exclamó, y el antró fúnebre le respondió con un eco siniestro, como si algun ser invisible se burlara de él.—Aquí vivirá mi alma en paz, porque los malos no me encontrarán. Aquí leeré la Escritura sin ser contrariado por interpretaciones falsas. Aquí haré oraciones aceptables, porque mi voz no se confundirá con las súplicas de una multitud culpable. ¡Oh! ¡sí, el único camino que conduce al cielo pasa por la estrecha entrada de esta caverna,—¡y yo solo la he hallado!

Respecto de ella, es menester decir que la bóveda, por lo que la luz permitia examinar, estaba tapizada de objetos que se parecian á hielos opacos, porque la humedad, rezumándose sin cesar, habia formado cristales tan duros como el diamante, y todas las cosas que habia bañado aquella agua se habian convertido en piedras. Las hojas y ramas que el viento habia enviado á la caverna, y las plantas pequeñas que se veian á la entrada, no estaban mojadas con rocío natural, sino que se habian conservado por este maravilloso procedimiento. Y esto me recuerda que antes de que dejara Digby el mundo, al decir de ciertos médicos, habia contraído una enfermedad que su ciencia no podia remediar. Se formaba en su corazon un depósito de partículas redondas producidas por una obstruccion en la circulacion de la sangre, y á menos de un milagro, era de temer que la enfermedad se extendiera á todo el órgano y petrificara el corazon. Muchos creian que esto habia casi sucedido. Pero Digby no quiso creer jamás en ello, y cuando vió las ramas convertidas en mármol, su pecho no latió mas fuertemente á la vista de la comparacion que le ofrecian aquellos objetos antiguamente débiles y delicados. Tal vez esta insensibilidad era efecto de su padecimiento.

(Se continuará.)

EL RUISEÑOR.

Oculto entre las hojas
Y trémulo de amor,
Sus tiernas congojas
Canta el ruiseñor.
Y sé, mas no sé cuando
Ni donde aprendí
Que el ruiseñor cantando
Dice en su idioma así:

Pobre ruiseñor,
Que muere de amor.

Ya rompe la aurora la niebla ligera,
¡Qué hermoso es el campo, qué hermosa es la luz!
¡Qué hermosa es la dicha del alma que espera!
¡Dulce compañera!
¡Qué hermosa eres tú!

Yo cruzo los espacios;
Las copas de los árboles me sirven de palacio:
Mi madre es la armonía,
Mi padre es el amor:
Yo soy, vida mía,
Pájaro y flor.
Envidian las aves
Mis trinos suaves,
No saben cantar.
Envidian las flores
Mis tiernos amores,
No saben amar.

¡Qué ave en el mundo
De amores herida
Mi canto imitó!
¡Ay! de amor profundo
Solo aquí, mi vida,
Sabemos tú y yo.
Tus alas suaves
Tiende sobre mí;
Envidiennos las flores y las aves,
Yo canto para ti.

Pobre ruiseñor,
Que muere de amor.

La palma y el sauce se mecen en calma,
Las ondas se tiñen de nácar y azul;
¡Qué hermoso es el río y el sauce y la palma!
Alma de mi alma,
¡Qué hermosa eres tú!

Yo cuando canto vivo;
Es un raudal de música mi corazón altivo;
La luz es mi alegría,
Mi espíritu el calor:
Que soy, vida mía,
Pájaro y flor.

Tenemos un nido
De plumas tejido,
Que oculta en sus hojas gracioso laurel;
Tú velas en tanto,
Que al son de mi canto
Piando se duermen mis hijos en él.

No saben
En donde
Se esconde
Este tesoro que el amor nos dió.
¡Ay! es un secreto
Que oculto en los ramos
Guardamos
Tú y yo.
¡Qué ufanos, que bellos
Reposan allí:
Vela tú mi vida, vela tú por ellos;
Yo velo por ti.

Pobre ruiseñor
Que muere de amor.

Ya ocultan las flores sus cálices rojos,
Inundan los cielos torrentes de luz;
Busquemos la sombra si el sol te da enojos
La luz de mis ojos,
Mi vida, cres tú.

Suavísima es mi pluma,
Mi voz es la del céfiro que gime entre la espuma;
Es mi contento el día,
La noche mi dolor;
Que soy, vida mía,
Pájaro y flor.

Altiva es el águila,
Tierna la paloma,
Gallarda y ligera
La garza real;
Mas tú eres mi espíritu,
Para mí en el mundo,
Gentil compañera,
No tienes igual.

¡Cuán rico tesoro
Me ofreces, bien mío,
Temblando de placer;
Cuando bebo en tu pico de oro,
La gota de rocío
Que templó mi sed.
Mis hijos alegres
Se miran en ti;
A amarte tus hijos
Aprenden de mí.

Pobre ruiseñor
Que muere de amor.

¡Ay! ya se levanta del valle sombrío
La tarde vestida de blanco y azul:
¡Qué triste está el cielo, los montes y el río!
Dulce dueño mío,
¡Qué triste estás tú!

Las brisas sosegadas
Arrastran en sus círculos
Mis notas apagadas,
Mi última armonía,
El último suspiro de mi amor;
Yo muero con el día,
Que soy, vida mía,
Pájaro y flor.

Vén al ramaje espeso
Que oculta nuestro nido;
Quiero morir en él,
Dame el último beso;
Que recojan mi último gemido
Las hojas del laurel.

¡Qué ave en mundo
De amores herida
Mi canto imitó!
¡Ay! de amor profundo
Solo aquí, mi vida,
Sabemos tú y yo.

Hará tu llanto
Que mis hijos bellos
Se acuerden de mí:
Ensénales las notas de mi canto,
Tú vive por ellos,
Yo muero por ti.

Pobre el ruiseñor
Se muere de amor.

José SELGAS Y CARRASCO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.